

que, estando David en una cueva con sus soldados, sucedió entrar en ella el Rey á cierta necesidad natural, y viendo los soldados ocasion tan nunca esperada, dijeron á David: Ves aquí el día de quien Dios te ha dicho que te había de entregar á tu enemigo en tu poder, y que harás dél cuanto quisieres. El se contentó con cortarle un pedazo de la ropa sin que él lo sintiese; y aun apenas lo había hecho, cuando le dió un vuelco el corazón, y volvióse á los suyos y dijoles: Nunca Dios tal permita, que yo cometa tal cosa contra quien es mi señor y ungido de Dios, que ponga yo mis manos en él, porque es ungido de Dios. Este es un paso digno de ponderacion para avergonzar á los que con cualesquier circunstancias que imaginan, tienen por dificultoso el perdonar al enemigo; porque tales dificultades, como aquí David venció, pocas veces se deben de haber visto juntas, si se miran los agravios dichos, y que actualmente andaba buscándole su enemigo para matarle, y que, salidos de allí, había de durar en su enemigo esta voluntad y rabia, y la ocasion de la venganza con muerte tan fácil y sin peligro. Peleaba el santo mozo con su corazón, inclinado á venganza, por una parte, y con sus soldados por otra, que aunque por no ser descubiertos no le decían todo lo que sentían en el caso, pero ello se decía, que en su pecho tratarían estas razones: Aquí de Dios, que andemos desterrados por montes y desiertos, tragando cada día mil veces la muerte, lejos de nuestras casas, mujeres y hijos y de todo nuestro contento, sin comer todas veces, y las armas siempre á cuestras, y que tengamos tal ocasion cual nunca pudo esperarse ni pintarse; pudiendo acabar tus males y los nuestros con la vida de tu enemigo, ¿le quieres perdonar y guardarle, para que no se acabe nuestra miseria en toda la vida? Si no te duele tu inquietud y peligro, duelele del nuestro; y si olvidas los males ya pasados por su causa, teme siquiera los que para adelante quedan. Las cuales razones en el pecho del santo varon debían de levantar gran polvareda y guerra de pensamientos; porque en semejantes ocasiones suelen los soldados hacer de su rey ó capitán lo que él no quiere hacer del enemigo; ni fuera tanto de espantar si hallándose á solas con él le perdonará, como teniendo allí consigo tantos que lo deseaban y procuraban acabar; porque aun acá suele acaecer que, estando el ánimo libre de pasión y olvidado de venganza, sacan á uno de sus casillas, amigos y parientes y otras personas con razones de la venganza, cuanto mas soldados, y tales, que habían andado en tantas calamidades y peligros de que deseaban reposar un poco; lo cual, y aun el fin de todas ellas, veían claramente que consistía en la muerte de aquel hombre que tan fácilmente podía morir á sus manos.

Pues las palabras dellos, aunque pocas, iban llenas de artificio, el cual no suele dar tanto la arte oratoria cuanto el vehemente deseo de una cosa; de suerte que allí no merece nombre de artificio. Lo primero, conociendo los soldados la bondad y mansedumbre de David, y que no era hombre que se acordaba de injurias ni agravios ni los preciaba, aléganle la voluntad de Dios, que se le había entregado en sus manos para que, respetando al juicio de Dios, fuese incitado á matar sin escrupulo á aquel hombre malo; como si le dijeran: No

haces tu negocio en esta muerte, sino el de Dios, á quien sirves y cuyo ministro eres, aprobando y ejecutando su sentencia. Pero el siervo de Dios, como los de agora lo han de hacer, bien entendía que por voluntad de Dios se le había ofrecido aquella ocasion, no para que le matase, sino para que lo fuese de probar mas su virtud, y para que los soldados y nosotros los que oímos esta historia entendiesen y entendamos la que en David tenía Dios encerrada, y para darnos ejemplo que cuando Dios nos diere al enemigo en las manos ó otra ocasion de venganza, que allí es donde mas alegremente se ha de perdonar al enemigo; pues teniéndola tan grande David, así por ver á su enemigo solo y descuidado y sin defensa, como por verse así acompañado de muchos soldados, y el ánimo que ellos le ponían con sus razones, la memoria de los agravios pasados y el temor de los que le esperaban, y la poca culpa de la muerte de un enemigo, y en tiempo de guerra; y que cuando la ley claramente le comprendiera y condenara por homicida, él quedaba por rey y señor de las leyes y de la ejecucion dellas. Estas y otras razones hacían la ocasion aparejadísima; pero él, no solo tuvo entereza de ánimo y paciencia increíble, pero andando á buscar, y no hallando bien ninguno en la vida de su enemigo con que excusarle, echó mano de que era ungido del Señor, no contentándose con decir que era rey, por ser título de honra del mundo, sino la dignidad y autoridad del cielo, y que al fin Dios mismo le había puesto en aquel lugar y estado, y á él y á ellos por sus vasallos; y no solo le llamaba rey, sino señor suyo, que es una de las circunstancias que mas espantan en este hecho; pues en tiempo de enemistad, como al principio deste discurso decíamos, tan lejos están los hombres de llamar su señor al enemigo, pero aun sus propios nombres no le saben, sino otros injuriosos. ¿Dónde está aquel loco, aquel traidor, aquel ladrón desbaratado, etc.? y otros semejantes. Delo cual no hay necesidad de salir de Saul para traer ejemplos; el cual, faltando David de unas fiestas, dijo: ¿Dónde está aquel hijo de Isai? Para deshonrarle por de bajo nacimiento, aunque se sabe que la verdadera honra no se ha de buscar en el padre ó madre, sino en la propia virtud. No lo hizo así David, aunque pudiera decir: No quiero matar á este hijo de Cis: tanta era la limpieza de odio y rencor que reinaba en su corazón.

No se acabara en muchos libros lo que aun en este mismo caso queda por decir; de lo demás á la buena consideracion del que su historia quisiere leer; pues que si comenzamos á decir lo que de su mal hijo Absalon padeció, lo que le sufrió, lo que cuidó de su vida en la misma guerra que contra él traía, lo que lloró su muerte con palabras tan regaladas: Hijo mio Absalon, ¿oh quién me hiciera tanto bien, que pudiera yo morir porque vivieras tú! El excusó y perdonó á Semei, que le estaba baldonando y injuriando como á un ganapan, y rogó y estorbó que no le matasen. A Saul, fuera de lo dicho, hizo muy buenas obras; otra vez le pudo matar, y le llevó el vaso y la lanza de la cabecera, riñendo á las guardas porque se habían descuidado; mató á Amalequita porque le trujo las nuevas de su muerte con tanto contento, porque ni él le tenía della ni quería que nadie le tuviese; lloró muchos días su muerte, agra-

decio á los que le enterraron, buscó después á alguien de su linaje si había quedado, no para matarle, sino para hacer con él la misericordia de Dios, como él dijo, la cual es hacer bien, no por fuerza, temor ó dádivas, sino como Dios suele hacer las misericordias grandes aun á los que le ofenden y á sus casas, hijos y decendientes.

Sobre todo esto que aquí decimos, este santo Rey se echa una muy grande maldicion en un salmo que hizo, pidiendo á Dios favor y ayuda contra sus perseguidores, especialmente su hijo Absalon, diciendo: Plegá á Dios que si yo hice semejante pecado contra mi padre como mi hijo hizo contra mí, ni otro pecado que sea menor que aquel contra nadie, tal y tal me venga, sin nombrarle á él ni al pecado, por no irritar á Dios para que le castigase; y si yo volví mal por mal á quien me le hacia, plega á vos, Señor, que yo caiga y muera á manos de mis enemigos (que es morir con mas disgusto y deshonradamente), y que mi gloria y honra por manos de los mismos ande por el suelo. Sobre lo cual dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo en aquel lugar del salmo: ¿Qué mas mal hombre y mas perdido y facineroso puede ser que Absalon, pues perseguía á su padre, y tal padre, tan manso, tan suave, siendo él deshonesto, desvergonzado, deshonorador y atrevido! Pues ¿qué! ¿dióle mal por mal? Dime, ¿acordóse de tantas injurias pasadas? No por cierto. Pues si con atencion examináres la historia de Saul, hallarás mas ilustre y clara esta verdad; porque teniéndole, después de innumerables beneficios, vencimientos y trofeos, por enemigo, injuriador y acechador, para echarle cada día del mundo; teniéndole, digo (una, dos y tres y muchas veces durmiendo y como encerrado en una cárcel, sin guarda ni compañía), en las manos, y importunado de muchos de los suyos que le matase, le perdonó, venció su ira, sabiendo por certísimo que, perdonándole y dejándole ir salvo y sin daño, dejaba ir un enemigo bravo y poderoso y sin esperanza de reconciliacion. Pero, no obstante esto, ni la memoria de lo pasado ni el temor de lo venidero ni cosa semejante le pudo incitar á que le matase, sino aprovechóse de la sabiduría; detuvo la mano, refrenó la ira, y quiso mas quedarse en el peligro, ser siempre acechado, vivir con sobresalto y perder la tierra y la libertad, que matar y sacar del mundo á un enemigo que, después de muchos beneficios recibidos, sin culpa le perseguía y le buscaba la muerte. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo. Este pues es ejemplo singularísimo y muy parecido con el que Jesucristo nos dejó; y no por eso deja de ser á propósito, porque haya sido de la vieja ley, antes es confusion de los que vivimos en la nueva, enseñados y provocados con él y con el que el mismo Señor nos dejó, y sus santos apóstoles y mártires, que le imitaron.

DISCURSO V.

De otra razon del perdonar injurias y agravios, que es ser Dios el principal autor deste trabajo.

Esta consideracion ha sido para muchos de grandísima fuerza para no volverse contra el que le hace mal, entender que es Dios el que principalmente le hace, tomando al que nos parece enemigo por instrumento; porque, como por un profeta nos tiene avisado, no hay

mal en la ciudad que no haya hecho el Señor; y en otros muchos lugares de la Escritura, que no es poca dignidad del hombre, que, como le hizo Dios señor de todas las cosas, ninguna dellas le puede ofender sin licencia del Señor, dél y dellas, que es el mismo Dios. Así que, si no viniese la injuria ó trabajo derivada primeramente de su mano, no podría venir de otra ninguna. De aquí es que Job ni se quejó del fuego, que quemó sus ganados; ni del viento, que derribó las casas y mató á sus hijos; ni aun del demonio, que urdió todo aquel mal; todo lo atribuyó á Dios, diciendo que el Señor se lo había dado y quitado, que por eso fuese su nombre bendito; y á su mujer dijo que si de buena gana recibía bienes de mano del Señor, ¿por qué no recibiría de la misma males tambien de buena gana? De donde parece que, así en los males como en los bienes, reconocía la mano del Señor; porque, así como cuando uno tiene de la mano un lebrél atado, si le suelta y hace algun mal, no echan el daño al lebrél, sino al que le tenía atado y le soltó, así se atribuyen los males á Dios, aunque el demonio los procure y los haga, por ser él el que con su poder le tiene atado y á las demás criaturas, para que sin licencia suya no se desmanden á hacer mal á los hombres. Todo el mal procede de que, aunque el hombre entienda esta verdad, y en otros trabajos que de las criaturas insensibles vienen la tenga por muy llana, pero cuando de otro hombre recibe alguna injuria ó agravio, le parece que aquello nació de propia malicia del hombre, por ser capaz della, olvidado de la parte que á Dios le cabe, como principal autor, por no saber distinguir las causas, habiendo muchas de un mismo acaecimiento.

Así como dicen los teólogos de la adoracion latria, que es la que á solo Dios se debe, por ser nuestro Dios y criador, y á su santa imagen por su respecto, y á su cruz y á las cosas que á su santo cuerpo tocaron, como espinas, clavos y lanza y vestidos, que aquel contacto causa esta razon, que es Dios en ellas, y así se adora Dios en ellas con la misma adoracion; pero con haber cosas que tocaron mas cerca y mas veces al Señor que no estas, como fueron las manos y rostro de su santa Madre, no por eso se adoran estas con esta suprema adoracion; porque, como sean por sí capaces de alguna, y no desta, no venga el ignorante á darle esta adoracion por lo que ella es, que sería un intolerable error, porque á la Madre de Dios dásele la adoracion que llaman hiperdulia, que es la que después de Dios se da mayor á alguna criatura racional por alguna excelentísima dignidad. Pues en semejante yerro que este cae el que toda la ofensa que otro hombre le hace atribuye á solo el ofensor, y hácelo que, como él es capaz de entendimiento y voluntad, de donde puede salir aquella obra, no se acuerda del que principalmente la causa, que es Dios, aunque sin culpa ni malicia ni agravio, que ninguna destas puede haber en él. La comparacion corre en algo, aunque no en todo, pues la adoracion latria de ninguna manera en todo y en parte puede convenir á la criatura, sino á solo Dios, pero de la injuria mucha parte y toda la malicia es del hombre que la hace; solo corre en el engaño que el que la padece suele tener, nacido de la inconsideracion de que de la malicia

del ofensor y de ninguna otra parte tuvo origen aquella ofensa, movido porque es capaz de haberla inventado. Claro está, cuando una teja cae de un tejado y descalabra al que acaso pasa, que ni el herido echa la culpa á la teja ni se queja della, y menos del viento que la derribó; solo da por autor á Dios y á sus pecados, como merecedores de aquella pena; lo mismo cuando su viña se apedrea ó la casa se cae, porque no son capaces estas cosas de haber inventado ni trazado aquel trabajo, sino solo instrumentos de Dios, que lo ordenó. Pero en una traicion ó injuria se queja el hombre del que se la hizo, no advirtiendo que, aunque el ofensor tenga solo la culpa della, y á él se debe imputar lo que es pecado y malicia; pero de lo demás, que es pena y trabajo, sin que pueda llamarse pecado, injuria, culpa ni malicia, el principal autor es Dios, el cual, en cuanto Dios no puede pecar, por ser su voluntad la regla de todo obrar, y como Señor á nadie puede injuriar ni hacer agravio, antes puede en todos los bienes del hombre, así de naturaleza como de fortuna, como único y verdadero Señor, quitar y poner y cortar por donde él quisiere. Si esta fuese en las injurias y trabajos nuestra consideracion, ni ellas serian tan penosas ni los autores tan perseguidos y aborrecidos, mayormente que, como Dios envia este trabajo para advertir al descuidado, ejercitar al bueno y castigar al malo para el bien de su alma, quejase cuando, en lugar de conocer su mano y enmendarse de sus pecados, se vuelven á vengarse de sus instrumentos, y esta queja da por Esaías: Hales enviado á los asirios de la parte de oriente y á los filisteos de la del poniente para destruir su pueblo, y el pueblo nunca quiso volver los ojos al que les hace la guerra. Y declarando quién es, añade: Y no buscaron al Señor de los ejércitos.

No les faltó á los antiguos esta consideracion. Job padeció agravios de hombres, que fueron los sabeos, que vinieron con dos escuadrones y llevaron su ganado y le mataron los pastores y gañanes, y no se quejó dellos. El real profeta David, cuando en mitad de tanto trabajo le maldecia Semei, diciéndole tantas injurias, que, no lo pudiendo sufrir Abisai, pidió licencia á David para matarle, respondió: Déjale maldiga, que Dios se lo manda. Y en el salmo donde trata desto dice: Yo no hablé mas que un mudo, por saber que tú, Señor, lo hiciste. Pero el que mas y mas claros ejemplos nos dejó desto fué el que todo se empleó en avisarnos y enseñarnos, que es el Salvador. Lo primero, cuando restituye la oreja á Malco, dice á san Pedro: Vuelve la espada, Pedro, á su vaina; veamos el cáliz de amargura que mi Padre me ha dado; ¿no quieres que le beba? Pues si la pasion del Señor inocente, y tan culpable de parte de los enemigos que la ejecutaban, dice Cristo que es dada de la mano de Dios, ¿qué será la tuya, siendo tú pecador, á quien es justo que castigue Dios, y á él le incumbe el castigar los pecados? Después, diciéndole Pilato: ¿Por qué no me hablas? ¿No sabes que está en mi mano crucificarte ó soltarte? Responde el Señor: Ese poder no le tuvieras si de arriba no te fuera dado; Dios quiere en mí pagarse y tomar venganza de los pecados de los hombres, y él es el principal que suelta los presos ó los lleva á la muerte. Pero mas claro lo dijo en la cruz, cuando

en medio de tantos tormentos y de la rabia de los atormentadores no se queja dellos ni les echa culpa, sino quejase á su Padre: Dios, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado y dejado en manos desta gente? Y luego, al salir desta vida: En tus manos, Señor, que son las que castigan y remedian, encomiendo mi espíritu.

Pero dirá algun agraviado ó injuriado: Señor, á mí me da pena su mala intencion de Fulano, que ya veo que si Dios no quisiese no bastaria á injuriarme nadie. A esto se responde que es grande yerro mirar á su intencion, supuesto que este trabajo vino de la mano de Dios, como los demás que no vienen por causas que la puedan tener maliciosa. Porque, cuando un cirujano da un cauterio de fuego á un herido, claro está que la intencion del fuego es abrasar al paciente, no solo la parte que el cirujano cauteriza, sino todo el cuerpo del herido si le dejasen ó le diesen mas lugar ó licencia, y aun su casa y su hacienda toda; pero no por eso queda el enfermo enojado con él, porque sola la mano del cirujano es la que, aplicando aquel instrumento, causa el dolor, y en ella está que abrase mucho ó poco, y con sola esta consideracion tiene el enfermo paciencia; y cuando tiene ocasion de perderla por haber sido la combustion demasiada, no lo ha con el fuego, sino con quien lo aplicó entiendo que lo ha de haber; así, cuando la intencion del agraviador es mala, Dios sabe cuánto aplica della para aquel trabajo, en cuyo saber ni bondad no puede el hombre poner dolencia cuanto toca á templar el dolor que es menester, que por eso dice la Escritura que envia las lágrimas y trabajos por medida, y los trabajos se llaman cáliz; y como de la causa segunda ó instrumento no haya que quejarse, no queda sino perdonarle y dar gracias al que usa dél para nuestro bien. ¿No vemos los que mueren á manos de la justicia como al apretar el cordel ó quitar la escalera pide el verdugo perdon al justiciado, y él se le da de buena gana, aunque á autor del mayor mal de los males del cuerpo, que es la muerte, porque considera y conoce que solo es instrumento de la justicia? Y aun contra el alcalde que lo sentencia no se indigna cuando considera que lo es tambien de Dios y de sus leyes; todo lo allana con la consideracion que sus delitos lo merecieron, y en esto tiene puestos los ojos; y cuando no, entiende que los ministros de la justicia hacen lo que deben, segun lo alegado y probado, y no se queja dellos. Haz tú así cuando á quien te injuriare ó agraviare; pon los ojos en tus pecados, por los cuales mereciste, no una bofetada que te dieron ó un agravio pequeño que te hicieron, sino el mismo infierno. Y así, satisfecho de la justicia, bondad y buena intencion del Señor, que te castiga, fácilmente perdonarás al instrumento y verdugo de su justicia que te injurió, que no es mas que verdugo della; lo cual expresamente dice Dios por un profeta, que, por ser lo que dice cerca desto doctrina provechosa, la quiero tratar mas de espacio.

Todas las veces que algun hombre hace alguna hazaña que en los ojos de los hombres merezca gloria, Dios es la causa principal que la hace, aunque los hombres, mediante quien se hace, sean ó malos ó buenos. Lo cual se colige claro del libro de Josué cuando Dios le pro-

mete que le favorecerá y vencerá sus enemigos y será en su ayuda, como lo fué de Moisés, aunque sea verdad que ellos con su favor y ayuda hicieron algo. De la misma manera habla del rey Ciró por Esaías con tantos favores hasta ponerle sus nombres, por ser el instrumento con que queria librar su pueblo de la cautividad. Pero hay diferencia, que los buenos, aunque ellos ponen algo de su casa, pero todo lo atribuyen á Dios, porque conocen su brazo y fuerza en las hazañas, que así lo tenia mandado en el *Deuteronomio*. Los malos, apartando los ojos de lo que Dios hace, se lo atribuyen á sí todo con arrogancia y soberbia, como parece por Esaías, donde tomó Dios por azote á Senaquerib, rey de Siria, que allí llama Asur, para castigar á su pueblo; y él ensoberbecióse y dijo que él tenia en su casa príncipes que igualaban con reyes, y que él habia destruido muchos reinos, que tenían mas dioses que el pueblo de Israel, y que él destruiria á Jerusalem como á un nido de pájaros, que sin fuerza ni dificultad se destruye. Y así, pasó con esta soberbia la raya de lo que Dios le encargaba, pretendiendo Dios no mas de castigarlos y reducirlos, pero él acabarlos y destruirlos. Y por lo uno y lo otro le reprehende Dios allí por el Profeta, y le amenaza que, acabado el castigo del pueblo que Dios pretende, no solo no conseguirá él su pretension, antes quedará él destruido, muerto y deshonrado por la mala intencion con que tomó á cargo aquella guerra.

De aquí se sacan muchas verdades; y dejadas las que no hacen tanto á nuestro propósito, la principal es, que algunas veces toma Dios reyes, aunque sean malos, por instrumentos para castigar á reyes y reinos. Y asimismo hace instrumentos de hombres particulares para castigar á otros; y esto ni perjudica al libre albedrío del malo, necesitándole á ser dañino ni injuriador de su prójimo, ni Dios le mueve á que le haga mal; solo con su infinito poder y sabiduria encamina aquella mala intencion del malo á que sea castigo y azote del bueno ó del malo para enseñarle ó reducirle. Así lo dice Hugo de san Víctor, que la mala voluntad, ora sea del pecador, ora del demonio, no es de Dios que sea mala, sino que sea ordenada á buen fin; lo cual hace Dios tan secretamente, que la misma voluntad no alcanza, que Dios la encamina al bien, que por sola su libertad se gobierna, porque siente ser movida libremente; pero al fin el malo que así es instrumento, ha de ser por la mano de Dios castigado. Esta verdad confirma el mismo Profeta con tres comparaciones, de la de segur, sierra y azote, con que reprehende al Senaquerib porque se engreia atribuyendo á su poder y fuerzas aquellas vitorias, siendo hechas y alcanzadas con el de Dios. Lo que á nuestro propósito hace es, el ser estos malos instrumentos de Dios para castigarnos; lo cual parece aun mas claro en la tercera comparacion, donde dice: Como si se levantase ó engriese el azote ó vara contra el que usa dél, ó el palo contra el que con él castiga (porque alude al nombre que al principio le puso, Asur, azote de mis enojos); pero el azotar y el gloriarse al cabo lo pagará en habiéndolo Dios hecho su hecho, como hace el padre, que la vara con que azota al hijo la suele quemar después de acabado el castigo.

De aquí nace que el indignarte y pensar tomar ven-

ganza del que te ha injuriado no es otra cosa que volverte contra el azote, lo cual no ha de ser sino besándole, como suelen hacer los niños bien dotrinados. Así quiere Dios que ames, acaricies y hagas bien al que él tomó por azote, no como el perro, que muerde la piedra, y el ciervo la saeta, como quien dice que mejor se volviera contra el que la tiró. Así tú, cuando semejantes trabajos te vinieren, si miras á tus pecados y conoces que ellos fueron la causa, contra ellos te volverás, y esto es cosa loable y provechosa; pero volverte contra el que te injurió no es otra cosa sino morder la piedra ó saeta, dando á entender que de mejor gana y con mas enojo te volvieras á quien la tiró; y como este no sea ni pueda ser otro que Dios, puedes hacer cuenta que contra Dios te volviste, y que, no perdonando la injuria, pregonas guerra contra Dios, y contra su mano deseas y procuras la venganza. El consejo santo es callar, como con esta consideracion hizo David cuando, tratando del caso de Semei, dijo: «Callé y no desplegué mi boca, porque tú, Señor, lo hiciste».

DISCURSO VI.

De otra razon para perdonar y olvidar las injurias y su venganza, que es porque Dios la toma á su cargo.

Tres cosas se halla haber reservado Dios para sí solo, sin querer dar á nadie parte dellas. La primera la creacion de las cosas, en que de nadie quiso compañía, como él lo dice por Malaquías: Decidme, vuestro padre ¿no es uno solo? No es por ventura uno solo el que nos crió? Y lo mismo dice san Pablo: Dios solo es el que todo lo crió. Lo segundo que para sí reservó fué la honra y gloria, que es la suprema adoracion, que llaman los teólogos latria; y así, decia por Esaías: Lo que es mi gloria, á ninguno otro la daré. Y el Apóstol dice: A solo Dios se dé la honra y la gloria. Y el Salmista: La gloria, Señor, no se dé á nosotros; dala tú, Señor, á tu santo nombre. Por lo cual envió á Nabucodonosor tan gran castigo, tornándole bestia que paciese por el campo, porque debajo de aquella estatua que levantó quiso ser adorado como Dios, y el Señor arrojó de sí á Satanás en el monte, porque por una señal desta adoracion le ofrecia todo el mundo y su mando y gloria. San Agustín dice que los romanos en ganando la provincia luego hacian templo al dios ó dioses de aquella tierra para tenerle propicio, y cuando ganaron á Judea no le hicieron al verdadero Dios de Israel, ni le quisieron hacer esta honra, y la causa fué porque los demás consentian otros dioses y él no los consiente, sino quiere solo ser honrado y adorado. La tercera cosa que para sí solo reservó fué la venganza de las injurias y agravios que de los hombres padecemos, como él dijo en el libro del *Deuteronomio*: Mia es la venganza, y yo la tomaré á sus tiempos de todas las cosas. La cual sentencia dijo tambien por otras palabras el Apóstol: A mí pertenece y á mi cargo está la venganza; las cuales dice junto con otras, dignas que aquí se declaren y lean con atencion. No volváis, hermanos (dice), á nadie mal por mal, si fuere posible; antes todo lo que en vosotros fuere tened paz con todos los hombres; no os defendáis, amigos, sino dad lugar á la ira, porque escrito está: A mi cargo está la venganza, y yo la tomaré, di-

ce el Señor; palabras son tan dulces y tan á propósito de la materia de que vamos tratando, que en ninguna parte della cuadran mejor; y así, será bien declararlas brevemente. No deis, hermanos, á nadie mal por mal; cuando algun mal recibiereis procurad devolver bien por ese mal, que esta es gran perfeccion y verdadera imitacion de Cristo. Cuando no pudiéredes hacer bien, á lo menos no volvais por entonces otro mal. Tres leyes hallamos usadas en el mundo. La una es del mismo mundo, que es amigo de amigos y enemigo de enemigos, volver bien por bien y mal por mal; esta alcanzaron y guardaban los gentiles, como el Señor dice en el Evangelio. La segunda es del demonio, que es volver mal por bien, la cual usó el traidor de Judas vendiendo al Señor, en pago de tanto bien como habia recibido de su mano. La tercera es de Cristo, que es hacer bien á todos y á los que nos hacen mal. El ejemplo de todas estas tres leyes está claro en la guerra y muerte de Absalon, cuando murió colgado de los cabellos y atravesado con la lanza de Joab, el cual se pareció ser hijo de Adan y guardar las leyes del mundo en que, aunque David habia mandado que no tocasen á su hijo ni le hiciesen mal, le mató Joab por su interés; y así lo hacen los mundanos, que, aunque nuestro padre Cristo dejó mandado que nadie hiciese mal á sus hijos, los interesados los matan, sin perdonar á ninguno. Los hijos del demonio que guardan su ley son figurados en Absalon, que á su padre, en pago de muchos beneficios que le habia hecho, le persiguió y deshonoró, tomándole sus mujeres por amigas y su reino. Un soldado que por allí pasó, que, por ser hijo del Rey y haber su padre mandado que no le matasen, sino que le guardasen vivo, no le quiso hacer mal viéndole colgado y vivo, aunque era malo y enemigo de su padre, á quien él servia; es figura de los hijos de Dios que guardaban la ley de Jesucristo, la cual es que se haga bien al malo y al que lo es para tí, y cuando menos no hacerle mal.

Esto es lo que aquí dice san Pablo, que á ninguno demos mal por mal cuanto fuere de nuestra parte; lo cual dice por los perlados y justicias y por los que defendiéndose legitima y limpiamente hacen algun daño, y por los que ofrecen al contrario paz y amor, aunque no se lo reciban, como lo hacia David, que con los que aborrecian y rehusaban la paz la tenia él, de manera que la paz y la guerra estaba en sus manos del contrario; porque, como dice el bienaventurado san Juan Crisostomo, no manda Cristo que nadie te quiera mal, sino que no des ocasion para ello, y que tú no quieras á nadie mal; que lo demás no está en tu mano. Como el mismo Cristo aborrecido fué, pero sin causa, como él mismo dice: Aborreciéronme sin razon; y el mismo David lo dijo de sí y de Cristo. Pues eso mismo dice el Apóstol en el lugar que agora tratamos. Dice adelante el mismo Apóstol: No os defendais, amigos. No quiere decir que si os vinieren á quitar la vida ó hacienda ó la honra no sea licito defenderos, porque la defensa inculpada en ley divina y natural es lícita y de todas las leyes humanas amparada y favorecida cuando consta que el mal que por ella se hace fué para defensa; solo quiere decir que no os vengueis. Que eso quiere decir el vocablo griego que allí está; y aun en la escritura del

testamento viejo se usa el vocablo de defender en esta significacion, como parece en el libro de *Judit*, donde dice que Nabucodonosor, rey poderosísimo, juró que habia de defenderse de todas las regiones, y á eso envió tan grande ejército sobre Betulia. Claro está de la historia que ninguna gente le hacia mal de que defenderse, ni las regiones léjos le pensaban ni podian hacer guerra, ni el general Holofernes ni su ejército se enviaba á defender ciudades suyas, sino á ganar las ajenas. Sino que vencido por su ejército Arfaxat, rey poderoso, y despojado de sus reinos, cobró Nabucodonosor con esta vitoria tanta cerviz y soberbia, que pretendió con ella sojuzgar á todo el mundo, y para eso envió á todas partes sus embajadores á pedir de todos sujecion y vasallaje; y porque no se le volvió la respuesta que él pensó y deseaba, hizo con rabia aquel juramento de defenderse de todas las regiones, esto es, de vengarse dellas por esta mala respuesta; y la Iglesia, en el oficio de los santos inocentes, en persona de los mártires que piden venganza, dice en un responso: Señor, ¿por qué no defiendes nuestra sangre? Y en otro: ¿por qué no vengas nuestra sangre? Pues desta manera de hablar usa el Apóstol cuando dice: No os defendais, amigos, esto es, no os vengueis, porque la defensa á nadie se defiende, antes las armas de la Iglesia y de sus hijos son solo defensivas, sin haber ofensivas sino para este fin. Esta es la torre del manso David, con sus torrejonnes, de la cual están colgados mil escudos y paveses, que son todas las armas de los valientes, esto es, de los cristianos, cuya fortaleza está en solo sufrir y defenderse, sin que haya pensamiento de ofender á nadie.

Añade san Pablo: Lo que habeis de hacer, amigos, es dar lugar á la ira; esto se entiende de dos maneras. La primera, abrid la puerta á la ira para que salga de vuestra alma tan mal huésped. Esta se abre por buenas consideraciones, cuales en este libro se encierran, las cuales se reducen á dos fuentes, prudencia y obediencia; por la primera el gentil, y por la segunda el cristiano (porque Dios se lo manda), abren la puerta y dan lugar á la ira, como dice el refran, que al enemigo la puente de plata; así se ha de dar puerta y camino á la ira, pestilencial enemigo, aunque sea costosa. Y así para nuestro ejemplo se dice Dios tener anchas narices, que son la puerta de la ira, porque es sapientísimo, y el hombre, como es loco, la detiene para su mal; pues, como dice el Sabio, si muy pesada es una peña, y la arena es grande carga, mas pesada que ambas es la ira del loco, esto es, del que lo es tanto, que no la deja salir. El segundo sentido es: dad lugar á la ira, esto es, á la justicia, que eso quiere decir ira algunas veces cerca del mismo Apóstol, cuando en otra parte dice que seamos sujetos á los ministros, no solo por la ira, que es la justicia, que por fuerza acabará lo que quisiere, sino tambien por la conciencia. Pues dice: Dad lugar á la justicia, esto es, á Dios, que es el que tiene la jurisdiccion. Como si viniendo un alcalde á su juzgado ó audiencia hallase sentado allí á otro en su silla, le dirán los ministros: Amigo, dad lugar á la justicia, esto es, al alcalde, á quien incumbe hacerla en este lugar. Así dice al injuriado san Pablo: Amigo, dad lugar á Dios, que es á quien incumbe tomar esta venganza, mayormente

siendo causa propia; que está vedado ser en ella juez, y le recusan todas las leyes. Y da la razon san Pablo desta sentencia, diciendo: Porque escrito está. A mi cargo está la venganza, y yo la tomaré á su tiempo del que se hobiere de tomar; que es lo que confirma la doctrina deste discurso.

La razon por que reservó Dios para sí la venganza y el castigo de nuestras injurias, es porque solo él la sabe tomar con prudencia y justicia, y tantearla sin pasion; pero el hombre, mayormente el que la tiene, no tiene raya ni término en su venganza, ni se contenta con lo que basta, aun para quedar bastantemente vengado su apasionado corazon, sino con cuanto puede pasar mas adelante. Bien le bastaba á Saul, para lo que él pretendia, pasar á David con la lanza y quitalle así la vida para descanso de su corazon; pero no pensaba sino en cosello con la pared; y la Escritura nos descubrió este su dañado pensamiento, cuando decia Saul dentro de sí: Pasaré á David con mi tiro y clavaré la lanza en la pared. Bien saliera aquel malaventurado de Aman con la intencion de su envidia y locura con quitar del mundo á su enemigo Mardoqueo y su principal agravador; pero no sosegó hasta que con gran trabajo y dificultad procuró de acaballe á él y á toda su gente; porque la ira del apasionado no para hasta destruílo todo. Lo cual dió á entender el profeta Esaías, hablando del furor de los enemigos del pueblo de Dios, diciendo dellos: Con toda su boca, esto es, á dos carrillos, comerán á Israel. En lo cual solemos denotar la grande hambre que uno tiene cuando come á boca llena y á dos carrillos. Tal es la que tiene de la sangre de su enemigo un hombre apasionado, lo cual les nace á los hombres de haber perdido con la pasion el tiento y el peso del cuánto ha de ser el castigo ó la venganza, antes nunca se tienen por vengados si no doblan el mal que recibieron; por lo cual las leyes no fian del agravado el juicio, antes es en todas ellas recusado, porque la pasion no le deja hacer justicia; de lo cual hay título: *Ne quis in sua causa jus sibi dicat, lege unica*; Y júzgalo la ley por cosa iniqua: *Iniquum admodum est*, etc. Así dicen ellos que lo aprenden en el libro del duelo, que no tendrá pocos el que por allí se guiare; y así lo ejecuta el mundo, sin faltar una tilde. Los niños lo saben de coro, y en sus niñerías lo van poniendo en plática. A bellaco mentís, á mentís bofetón, á bofetón palos, á palos muerte; y esto sin juicio, sin razon, sin medida, sin constar de la culpa, sin cuenta con el alma del muerto; antes ha llegado tanto á veces la pasion, que han en venganza procurado enviar al infierno el alma y el cuerpo á la sepultura, con ardidés aprendidos del mismo demonio, que no tiene él licencia para ejercitallos, y halla quien le saque deste cuidado entre los hombres y obligados por ley del mundo. Este es el enojo que castigó Dios en Senaquerib, en el capítulo 40 de Esaías, como deciamos en el discurso pasado, que Dios le amenazaba. Esta es la queja del mismo Dios por Zacarías: Grande enojo me da con estos hombres, que yo me enojo poco y en pocas cosas y temporales, y ellos me ayudaron á la venganza, sin orden, con ira, con rancor, haciendo mas mal del que yo hiciera. Pero Dios con mas sabiduría, con mas prudencia y mas

tanteo hace sus castigos y venganzas, y así las reserva para sí; por lo cual es en la sagrada Escritura comparada su fortaleza y poder á la del rinoceronte, el cual tiene los ojos encima del cuerno, con que ve á quien hiere con él, cómo y á qué tiempo, y dónde y cuánto. Los hombres son como toros, que tienen los ojos debajo de los cuernos, y esos cerrados; porque sin juicio ni discrecion hacen la herida de su venganza, ciega y apasionadamente, pero Dios con gran tiento; y así como un gran maestro de pintura ó falla, aunque algunas cosas, como el ropaje, encomienda al oficial, pero lo que tiene necesidad de medida y tanteo reserva para sí, diciendo que no llegue nadie á ello. Así Dios en los castigos de los agravadores no quiere que otro ponga la mano, reservándolos para sí, que sabe el tanto y cuánto, y la ocasion y la razon, conforme al fin de los castigos.

Diráme alguno: Eso es lo que á mí me indigna y me hace perder la paciencia, que bien le remitiera yo á Dios mi venganza y saliera de ese cuidado y peligro; pero Dios no se enoja cuanto es menester, sino poco, como él dice, y tarde, cuando ya el mundo no tiene memoria de mis daños y deshonra, ni cae en que aquel castigo viene por esa razon; parece que nos quiere solamente asegurar con encargarse de la venganza, solo á fin de que se nos pase el enojo, como suele hacer el padre para sosegar su hijo niño; pero no veo que hace nada, y si lo hace, es á tiempo que mi corazon no queda satisfecho. A esto; lo primero respondo que no es esta razon de cristiano y hijo de las entrañas de Jesucristo, que nos dice que antes roguemos á Dios por el ofendedor; de lo cual se colige cuán cierto y cuán riguroso es el castigo, pues es necesario que ruegue por el injuriador el injuriado; como Dios á los amigos de Job (porque con sus razones le habian fatigado, queriéndole persuadir con ellas que era pecador) les dice que vayan al mismo Job que ruegue por ellos, que desta manera se quiere desenojar, que es como un bajarse la parte de la queja. El santo Job lo hizo de voluntad, y Dios los perdonó. Que si aquellas entrañas del hijo de Dios se nos imprimieran en las nuestras, no habiamos de pensar en cómo ni cuánto habian nuestros enemigos de ser de Dios castigados, sino antes congojarnos hasta verlos dél perdonados. Pero sin esto, cuando quisieres saber que Dios no te engaña en decir que él tomará á su tiempo la venganza de que se encarga, entiende que nunca se le olvida á Dios la injuria del menor de sus hijos, ni aun el desprecio de los mas pobres; porque los ángeles, que están siempre mirando á Dios y los tienen á ellos á cargo, le tienen de acordárselo á Dios cuando él se olvidara, y de pedille justicia; pero sabe Dios el cómo y el cuándo la ha de hacer. Y como á tí no te costaron nada, ni los criaste ni moriste por ellos, luego los querrias ver acabados y echados del mundo. Esta fué la queja de Jonás cuando no queria Dios cumplir la palabra que él habia predicado, destruyendo los de Ninive y su ciudad; y estando él con su cólera, le crió Dios una yedra que le defendiese del sol, y cuando mediante un gusano se la secó, le convenció con esta razon: Pues ¿cómo enojaste tú por una yedra que es de poco valor y no la criaste tú, y quieres que acabe yo una ciudad tan grande, donde hay tantos mi-

llares de hombres y mujeres y niños y muchas bestias?

Así que, Dios para haber de castigar tu injuria, primero espera y amonesta, para ver si quedando tú satisfecho podrá ganar al que te injurió; y si quieres ver que no se olvida de tu venganza y satisfacion, mira cómo desde luego comienza á atormentar á tu enemigo por parte de la conciencia. Mira cómo no puede dormir hasta salir de esta obligacion, mira los terceros que busca, los medios y partidos que ofrece, y cómo no le deja venir á misa, ó le envia della á solo buscarte y satisfacerte. Cuando tú piensas que el otro está con descuido, están Dios y él con mayor cuidado; y cuando cesan estos remedios, tarde ó temprano viene á pagar. Lo cual no hace siempre Dios en sus ofensas, ni se muestra con tanta memoria dellas como de las tuyas. Hablando del rey David la sagrada Escritura, dice que fué gran siervo de Dios, guardador y celador de sus mandamientos, y que no se halla en su vida pecado, sino uno, que fué el adulterio y la muerte de Urías, con estar de por medio tambien el de haber contado el pueblo, que fué tan grande, cual pareció por el castigo que mereció, que fué matar Dios con peste tantos millares de hombres, es porque este pecado era contra Dios, de que luego Dios se olvida; el otro contra el prójimo Urías, que, con estar ya perdonado, y él en estado seguro para la gloria, hablando de sus virtudes no quiso callarle; porque sepas cuán en la memoria tiene Dios tus agravios, aun después de castigados. Cuatrocientos años habia que de los amalequitas habian los del pueblo padecido un agravio, y fué que saliendo de Egipto flacos y destrozados, salieron los amalequitas y los maltrataron, y mataron muchos dellos. Enojóse Dios desta impiedad, y comenzólos á castigar, y mandólo escribir en un libro para memoria del agravio y acaballos por él de todo punto, no porque Dios haya menester libro material para su memoria, sino para que tú entiendas que la tiene de los pecados que contra tí se hicieron. Y al cabo de cuatrocientos años los mandó acabar á Saul, de manera que no quedase dellos perro ni gato, y aun á Saul reprehendió porque á título de sacrificio habia dejado no sé qué ganado; de manera que fueron menester cuatrocientos años para que madurase aquel castigo, y eso es: Ya lo castigaré á su tiempo, esto es, con sazón, al tiempo que Dios tiene señalado para que el castigo madure. Y pues tú no esperas cuatro horas alguna vez, ¿cómo quieres que Dios no te quite la venganza de las manos y la reserve para sí? Asimismo vengó á su tiempo rigurosamente la muerte de Nabot, y el caso de Absalon no es fuera de propósito; de cuya muerte dice san Juan Crisóstomo: Porque entiendas que su muerte no fué industria humana, sino justo juicio de Dios, advierte que el árbol y los cabellos le prendieron, un animal bruto le entregó, y el cabello sirvió de sogá y de horca el árbol, y de verdugo sirvió el mulo en que iba. Pero considera lo que allí es maravilloso: al tiempo que esto le sucedió, con ir tan acompañado, ninguno de los suyos se atrevió á llegar á él, con haber tanto espacio; que esto fué providencia divina, porque no le quitasen ni le llevasen aun atado y preso á su padre, por la gran demostracion que el padre habia dado de perdonalle, y lo que mas espanta es, que el mismo que con su padre

le habia compuesto y hecho las amistades, ese mesmo le mató; pero Dios fué el que dió la sentencia, por lo cual el mismo padre le da gracias, diciendo, después de haber dicho en un verso que su pecado habia de subir á su cabeza, que es la sentencia, añade en otro: Yo alabaré al Señor por su justicia, y con un salterio á su altísimo nombre. De manera que, aun cuando el padre está tan tierno que se teme ó espera que perdona ó perdonara, entonces hace su castigo el Señor con los ministros que él escoge: tan léjos está de olvidársele de la venganza que tomó á su cargo.

El mesmo san Juan Crisóstomo declara á este propósito lo que se sigue en el lugar de san Pablo, cuando dice el Apóstol: En lugar de vengarte, si tu enemigo tuviere hambre, dale tú de comer, y si sed, dale de beber, y aun esto harás con regalo, dándole el bocadico regalado con tu mano, como sueles hacer á quien bien y tiernamente amas, y con esto allegarás carbonés encendidos sobre su cabeza. Que es decir que todo el enojo que tú habias de tener contra él no se perderá, porque todo le caerá sobre su cabeza, que todo le tiene Dios allí para castigalle rigurosísimamente; que eso significan muchas veces en la sagrada Escritura los carbonés de fuego, como en el salmo que dice que granizo y carbonés de fuego, después de grandes truenos y tempestades, ha de enviar sobre los pecadores. Y aunque san Jerónimo no aprueba esta exposicion del bienaventurado san Juan Crisóstomo, pero bien entendida, se conforma bien con la suya, porque san Crisóstomo parece pretender que caiga en desseo del cristiano esta venganza, que es lo que reprobaba san Jerónimo.

Este cuidado y rigor nos dió á entender el mesmo Dios en aquellas dos visiones de Jeremías, cuando le preguntó: ¿Qué ves, Jeremías?—Señor, una vara velando. Luego le tornó á preguntar: ¿Qué ves?—Señor, una olla hirviendo y echando fuego y humo. Esta olla significa el corazon del mal cristiano, que persigue á su hermano y echa fuego por los ojos, boca y manos, abrasadas las entrañas de rencor; y dice Dios que antes de eso viene él velando y con atencion de lo que hace, y que todo lo mira y tiene delante de los ojos, y la vara para castigar todas las injurias que se hicieron, y que para su defensa les hará la ciudad de Jerusalem, y sus muros de metal. Mil ejemplos otros hay en la sagrada Escritura: cuando David, perseguido de Saul, le dijo: Juzgue Dios entre mí y tí. Y así lo hizo Dios, que ordenó que él mesmo viniese á ser verdugo de sí mesmo y se matase. A la hermana de Moisen, porque murmuró contra él, la cubrió de lepra, y la Madalena fué defendida de la hermana y del fariseo y de Judas; y el mesmo Jesucristo, habiéndole deshonrado los fariseos, dijo que no curaba él de su honra, que otro tenia cargo de pedir esa cuenta á quien se la quitaba. Y bien mirado, Dios parte con nosotros y nos da la mejor parte y mas suave, y la que él en sus ofensas hace de mejor gana, que es el perdonar, y se queda con lo áspero y trabajoso y contra su condicion, que es el castigar y vengarse. Dános el perdonar, que es cosa hidalga, dulce, pacífica y provechosa, y quédase con el vengar, que es trabajoso y desabrido, y que él muestra siempre hacer de mala gana.

Gracias sean dadas, Señor, á vuestra divina Majestad que en todo nos tratais como á hijos queridos, pues lo mas suave, mas útil y sin trabajo nos procurais á los unos y á los otros. Pues ¿por qué nosotros no nos tratarémos como hermanos, y hijos de tan buen padre? Por qué no os agradarémos? Por qué no os parecerémos? Esto se haria fácilmente si entre nosotros hobiese la paz y amor que vos nos pedis y enseñais, porque entonces ni habria injurias que perdonar ni castigar, y cuando las hobiese, ni el corazon del ofensor seria culpado, sino de ignorancia, y si lo fuese, seria presto arrepentido, y mas presto perdonado y confirmado el perdon por el que es mas y primeramente ofendido, y á ello ayudarian las oraciones del agraviado y las excusas del mesmo, que son las que mas alcanzan delante de vos, como argumento de fino perdon y amor. Lo cual habia de mover nuestros corazones á desear y buscar que perdonar. Porque ¿qué hombre habria de tan duro corazon que si del hijo de su rey fuese ligeramente ofendido, á quien él debiese muy buenas obras y mercedes, y su padre pusiese al hijo por esta ofensa á riesgo de riguroso castigo, y en el rigor de su enojo pusiese todo el peligro del hijo en el perdon del ofendido, que no se echase á los piés del Rey á rogarle por su hijo? Pues eso mesmo hace el Rey de cielo y tierra, que nos crió y redimió y nos hace cada día que amanece millones de mercedes, que un hijo suyo que nos ofendió está amenazado y á peligro de gran castigo, y tiene Dios puesta ó toda ó grandísima parte dél, en que este ofendido le perdone; ¿qué corazon hay tan protervo, que no se eche á los piés de Dios delante de una imagen suya y le ruegue por su Hijo? O ¿quién duda que, siendo Dios el rogado, que tanto gusta de serlo, y el ofensor hijo suyo, que él crió y redimió con su sangre y engendró en su Iglesia con tan graves dolores, y el que ruega tambien su Hijo, y convidado á rogar, que no será aceptísima al Señor tal oracion y de gran merecimiento? Pues desde esta hora perdono, Señor, á los que mal me quieren y á los que en cualquier manera, sabiéndolo yo ó no lo sabiendo, me han ofendido; y te ruego, Señor, hayas misericordia dellos y de mí, perdonando nuestros yerros y pecados, pues nosotros nos perdonamos, y esta quiso tu bondad que fuese la razon de tu perdon.

DISCURSO VII.

De otra razon para perdonar injurias, que es el daño que nos viene de no perdonallas.

Son los hombres tan amigos de sí mismos y tan enemigos de su daño, que cuando por las razones dichas no queden convencidos á perdonar sus injurias, lo quedaran por huir por ese camino sus propios daños; los cuales nacen muchos y muy graves de no querer perdonar, sino perseverar porfiadamente en el desseo de la venganza de quien se las hizo; de los cuales, aunque no hubiera otro sino el que consigo trae el pecado mortal, cual es por la mayor parte esta dureza, habia de bastar para vencer cualquier enojo y dificultad, pues no puede haber ni imaginarse otro estado mas dañoso y miserable que el del que está en pecado mortal, aunque sea el infierno, si se diese sin él, traido á comparacion; de donde, habiendo de ser una de dos, mas querrian los

bienaventurados el infierno para siempre sin pecado, que no con él todos los bienes y contentos del mundo; porque aquel solo se llama á boca llena mal, y sin él ninguno merece propiamente ese nombre, sino es mirado de algun lado; y así, viene con él toda la desdicha y miseria que puede imaginarse. Es un viento solano que agosta todo el campo, corta los pimpollos, marchita y quema las flores; una avenida que todo lo lleva á barrisco, sin dejar nada de provecho. ¿Qué se podrá hacer de un sarmiento? (Dice Dios por un profeta, por el cual es entendido el pecador: Todo sarmiento que no llevaré fruto será cortado y echado en el fuego). ¿Si se podrá hacer una lanza, un virote ó una estaca? Ninguna cosa, sino un tizon; porque ni le queda jugo de devocion, ni ojos para ver el cielo, ni orejas para oír la doctrina, ni bueno para súbdito ni para perlado, ni para curar un enfermo ni para aconsejar un necesitado; vaso de afrenta para echar las inmundicias, privada de Satanás. El que peca, dice, en vano, perderá muchos bienes. ¿Qué hay que preguntarme? dice Samuel. Hombre que Dios se ha apartado dél, ni en muertos halla acogida ni en vivos. Cain ¿qué turbado, encartado, para que le mate quien le hallare? Y ¿qué mas ejemplo que el de Adan en pecando, qué grosero quedó, desnudo, vergonzoso, cruel con su mujer y grosero, echándole la culpa, consigo confuso, con Dios necio, huyendo dél, que en todas partes está temeroso? Finalmente, es el pecado una cifra de todos los males y miserias, es pobreza, es vergüenza, miedos, calamidades, destruccion, hambre, desnudez, muerte; lo cual, por resumirme, se encierra todo en una palabra que Bersabé dijo á David, temiéndose al tiempo de su muerte que quedase por sucesor del reino otro que su hijo Salomon; entre otras razones que le dijo, la una es: Y vendrá á ser señor, que cuando el Rey mi señor durmiere con sus padres en paz, mi hijo Salomon y yo quedarémos pecadores. No quiere decir que será pecado no reinar, sino tanto como decir quedarémos á puertas, perdidos, miserables, pobres, deshonrados, confusos, avergonzados, hollados de todos y llenos de todos los males. Avisadamente lo dijo y con brevedad, como los reyes quieren ser hablados, por los muchos negocios que siempre tienen.

De manera que bastará ser pecado este de la venganza para que huiga todo el mundo dél, y salir con presteza del enojo con su hermano; porque, aunque esto es cosa que conviene á todo pecado mortal, pero san Juan Damasceno dice que este es nefario, porque los otros pecados duran poco en el alma, porque al cabo de una hora están fuera della; si es un estupro, dentro de una hora es ya pasado; un hurto, dentro de una hora está acabado, y fácilmente se hace dentro della penitencia; un homicidio malo es, pero dentro de otra hora se acabó y se arrepiñó el homicida; pero el vengativo todas las horas peca, porque trae el pecado en el pecho, aunque entre en el templo y esté rezando, pues su oracion no puede ser pura mientras el corazon está dañado contra su hermano; así que, nunca vive sin pecado ni hace limosna, aunque la haga, porque el alma sin caridad ni se mueve á misericordia ni la hace. Hasta aquí son palabras de san Juan Damasceno, á las

que les añadamos otra: que mientras mas dura este pecado, peor es y mas dañoso, porque el corazon se va cada dia con la costumbre mas endureciendo; y así, dice san Agustín: Trabajad mas en componer vuestras porfias que en conservarlas; porque, así como el vinagre corrompe el vaso si mucho está en él, así la ira corrompe el corazon si dura hasta otro dia. Pues si esto dice este doctor, ¿qué será de la que dura un mes, y qué de la que un año entero? Pues esta es la diferencia deste pecado á los demás, que este vive de asiento en el corazon, y los otros pueden y suelen ir de paso. De aquí se entienden los daños tan grandes que hace en él; de los cuales san Juan Crisóstomo dice estas palabras: No querer perdonar al que te injurió, no merece solo nombre de venganza, sino que deshonras á Dios. ¿No miras, necio, que la hora que te dispones á vengarte del otro no haces mas que meterte en infinidad de males y hacerte cruel y sangriento contra tí mismo? ¿Qué piensas? No buscas otra cosa sino una sogá con que te ahorques, una espada con que degollarte, una sepultura para enterrarte vivo; por tanto, no pongas los ojos en el que te injurió ni en la graveidad de las injurias, sino en Dios, que te manda perdonalle; y sabe que cuanto mas dificultad en esto hallares, tanto mas largamente te premiará. Hasta aquí san Juan Crisóstomo. Y en otra parte, dice: Considera uno que quiere vengarse cuál anda furioso, despedazado de ira, levanta mil ondas de pensamientos, comienza mil caminos, acometido del miedo, con mil pavores, cómo lo hará, cómo le sucederá, destruyéndose á sí primero que al que ha de injuriar; pero el que perdona cuán al revés, y con razon, todo lo que quiere hace, porque está en su mano el perdonar; pero el vengativo no, que es menester aguardar sazón y lugar, engaño, maleficio, armas, ardidés, ofensiones, lisonjas, seguridad, disimulaciones, etc.

Declaremos un poco mas este negocio. Cuatro maneras hay de bienes en esta vida que procuramos haber y conservar; y por el consiguiente, hay cuatro maneras de daños que padecer, á los cuales todos los demás se reducen, hacienda, honra, vida y alma; á todos estos hace el que trata de vengarse increíble perjuicio: á la hacienda, en los gastos que se hacen hasta alcanzar esta miserable empresa, que acaece irse en esto toda una hacienda; de la cual para otra cosa, aunque sea de su regalo ó necesidad, no hay hacerle gastar un real, pero ciego de aquella pasión y enojo, no sabe reparar en lo mucho que se gasta; la honra padece con la opinion que ganas de impaciente, intolerable, furioso y mal acondicionado. La fama, porque quedas por inventor de turbaciones y enojos, perturbador de la paz, inquietud de tu pueblo y parentela; los amigos se retiran por no obligarse á hacer mal si te acompañan y ayudan á la venganza; á la vida haces perjuicio, porque ni comes con sabor ni duermes de noche ni tienes un dia bueno; de quien principalmente dice el salmo: Molidos andan en sus desdichados caminos, y no saben qué cosa es un dia de sosiego, porque no tienen delante de sus ojos el temor de Dios; fuera de los temores y peligros, cargado siempre de hierro y de cuidados, insufrible á tu casa, criados, amigos, vecinos y parientes, y sobre todo, enemigo de Dios, que es el último y el mayor mal del al-

ma, que por decille y declaralle mejor hemos pasado ligeramente por los demás, pues todos ellos, en comparación deste, no son males ni daños; como se comenzó á decir en la sentencia de san Juan Damasceno, y agora se dirá mas de propósito.

§. II.

De los daños que hace en el alma el pecado del vengativo.

Los daños que este pecado causa en el alma, aunque parecen algunos dellos comunes á los demás pecados mortales si en ella duran mucho tiempo, pero ya queda dicho, de parecer de san Juan Damasceno, que, demás de que causa otros particulares, esos comunes se le pueden ahijar por propios, por traer de su cosecha el durar mucho, pues no se le alinea al vengativo tan brevemente su venganza como él querria; y aun después de ejecutada á su sabor, le queda el aguardar y temer la de su contrario, y la determinación del replicarla, conforme á la miserable plática que ha comenzado á seguir de los mundanos. Así que, los daños que aquí pondremos nacen de la perseverancia en el pecado, la cual este tiene en sí casi tan natural. Lo primero, cuán dañoso estado sea el de la perseverancia en un pecado desto está muy claro; porque, lo primero, todo el bien le falta al que está en él, y no hay mal que le falte, ninguna cosa le aprovecha para lo que es ganar el cielo y aumento de bienaventuranza; cuanto bien hiciere todo se le pierde para este fin, aunque para otros aprovecha algo, no con tanta fuerza; así que, aunque esté todo el dia en oración, aunque dé en limosna toda su hacienda, aunque diga mil misas cada dia, aunque á pueros azotes despedace sus carnes, ninguna cosa le sirve; lo cual mas encarecidamente dice san Pablo: Aunque yo predicase como un ángel ó como el mas elocuente hombre del mundo, si me falta la caridad es como si no hiciese nada, sino como un sonido de una campana, que, aunque aprovecha para llamar la gente, no tiene mérito delante de Dios; mas, aunque fuese profeta y tuviese noticia de todos los misterios de la fe, no soy nada sin caridad. Y mas, aunque tenga tanta fe, que pase los montes cuando yo quiera de un lugar á otro, y aunque sea mas rico que Crespo y reparta todos mis tesoros en remedio de pobres, si no tengo caridad no vale todo nada; antes si entregare mi cuerpo al fuego ó á la espada ó á los tormentos de los tiranos, si no tengo caridad no me aprovecha nada, entiende para la vida eterna; porque la caridad y gracia de Dios, que, ó son una misma cosa ó no anda una sin otra, es como un sello, sin el cual las obras, por buenas que sean, no tendrán valor el dia que se registraren ante la majestad de la justicia de Dios; como la firma y sello del Rey se le da á su provision cuando libra por ella alguna cosa al vasallo ó al privado. Otra comparación de san Anselmo, el cual al hombre sin gracia de Dios compara á la tierra sin semilla; la cual no lleva sino espinas y abrojos, cardos y chaparros, que no son estimados en nada; pero la tierra labrada y sembrada lleva frutos de mucho valor. Pues veamos tú, vengativo, ¿parecete á tí poco que estés como esta tierra sin semilla todo el tiempo que te dura este propósito, y que cuanto hicieres y trabajares sea para arrojar en la calle, sin fruto ni provecho, que co-

mo tal se juzga todo aquello que no merece la vida eterna, para que fuiste criado; ocupándote mayormente, no en esas obras inútiles, sino en mil pecados cada hora, como san Juan Damasceno dice, consultando dentro y fuera de tí cómo te vengarás del enemigo mas á su daño, y encaminando á este fin todos tus pasos, olvidado del bien, para que naciste, y del infierno, que para siempre andas negociando?

Lo segundo, mira que cuando el demonio te ocupa en esos pasos, no solo pretende hacerte dar de ojos en ese pecado tan grave, sino entre tanto que vives en olvido de tí mismo, hacerte mil daños en el alma, de suerte que cuando vuelvas en tí te halles destruido de los bienes y fuerzas que Dios puso en ella para defenderte dél. Grande yerro haria el rey de España si quisiese ir á hacer guerra á las tierras del turco, que no le provoca á ella, y dejase á sus reinos sin presidio, porque podrian venir otros enemigos á tomarle lo principal que él posee; como le sucedió al rey David, que, saliendo de Sicelech á pelear, cuando volvió después á ella con su gente halló que los amalequitas habian hecho una entrada y pegado fuego á la ciudad, y llevádose todas las mujeres y los hijos y hijas; lo cual visto por David y su gente, lloraron amargamente su pérdida, hasta que, como dice el texto, no les quedó lágrima que derramar, y quisieron apedrear á David, que habia sido la causa de tan general pérdida de todos, por haberse ido á la guerra sin dejar mas presidio en la ciudad; así acaece al que por ir á pelear y reñir pendencias con su enemigo que le injurió, y ocupar en esto la atencion de sus pensamientos, viene entre tanto el demonio y pone fuego á todas las buenas obras, que son el edificio de la gloria; captiva el entendimiento con malas y falsas opiniones y errores, escurece la memoria de lo que debemos obedecer y agradecer á Dios, enflaquece la voluntad, causando en ella un enfado de las cosas del cielo; turba y hace trampantojos á los sentidos; al fin, todo lo destruye, y deja al hombre tal, que cuando viene á ver acabada su miserable venganza, halla materia para llorar eternamente y sin remedio, sino es pidiéndole á Dios, á quien tanto tiempo há que trae ofendido y enojado, con muchas lágrimas, y tan desesperado, que parece que todo el mundo le quiere apedrear y él no se puede sufrir á sí mismo.

Pues es el peligro á que con tu atrevimiento loco te pones en acostarte con un pecado mortal pegado al alma; no hay lengua humana que lo pueda encarecer, pues mas tardarás en morir, aunque sea muerte arrebatada, que en bajar á los infiernos á padecer una muerte sin muerte ni fin. El atrevimiento loco dije, porque no tiene que ver con el que un hombre tuviese si solo él se atreviese á salir contra todo el campo del turco; pues aquí no se aventura mas que una muerte corporal, y tú aventuras la del alma para siempre. Cuán loco seria el que, habiendo afrentado públicamente con una bofetada á un presidente ó á otro semejante personaje, habiendo mil gentes y oficiales de la justicia salido á buscarle por todo el reino y fuera dél, con certidumbre que en cogiéndole habia de ser atormentado y despedazado, si aquella misma noche se fuese él mismo á acostar sin temor ninguno á la puerta de la cárcel con

su cama, ¿qué diría el mundo deste tal? Qué mayor locura puede imaginarse? Pues mucho mas loco y desatinado es el que, sentenciado á los infiernos por haber afrentado cuanto es de su parte á Dios, mayormente estando en el mismo propósito, y de afrentar con él á su hijo y siervo y amigo, y se vaya á dormir á las puertas de la muerte, donde hemos visto muchos no despertar vivos, sino como aquel Sisara de quien cuenta la sagrada Escritura que, por andar de guerra contra los siervos de Dios, pensando dormir y descansar de aquel trabajo grande en que andaba, después de haber bebido la leche que aquella mujer le dió, comenzó á dormir descuidado, y despertó en el infierno con un clavo que ella le atravesó por las sienas; así es el que anda ejecutando venganzas contra los hijos de Dios, que el mismo mundo que le lisonjea y le hace la cama donde descansa, le da aquella dulce y descansada bebida de la lisonja por su misma mano; suele muchas veces, acostado con pensamiento de descansar su corazon, recordar en el infierno para siempre jamás, de la manera que aquel loco delincuente que deciamos, es fácil de entender que, durmiendo á la puerta de la cárcel, amaneceria dentro á la mañana.

Pues si esto es así, no queda otro mejor consejo que el de san Pablo: Hermanos, los que sois agraviados y provocados á ira y enojados, mirad que no venga á ponerse el sol sobre vuestro enojo; porque de locos es ó muy desalmados, ya que han caido en algun pecado mortal entre dia, duralle tanto, que se acuesten sin salir dél á la noche, ni sé yo cómo sea posible, teniendo un hombre juicio, poder pegar los ojos con este cuidado y peligro; que si el otro príncipe compró las almohadas de la cama de la almoneda de un mercader vasallo suyo, que habia vivido con muchas deudas, diciendo que era imposible haber podido dormir su dueño teniéndolas, sin que aquellas almohadas tuviesen alguna virtud de pegar sueño, ¿qué será de las deudas que debemos á Dios, que son tanto mas graves, y que puede Dios ejecutar por ellas al plazo que quisiere, sin que nadie pueda estorbárselo? ¿Cuánto mas razon tendrá este que se acuesta en pecado de no pegar los ojos, y cuánto mas valieran sus almohadas si de pegárselos tuvieran virtud? Espantado desto el profeta Ezequiel, decia, prosiguiendo este pensamiento: Pusieron sus espadas y cuchillos debajo de sus cabezas; estos son los que andan muy seguros y duermen en pecado mortal, los cuales viven á peligro, como quien tiene por almohada muchos cuchillos ó espadas en la cama, que no está un canto de real de la muerte.

Otros muchos daños recibe el alma con este vicio, y no es el menor que, habiendo el hombre tanto menester la misericordia de Dios para el perdon de sus pecados, por el mismo caso se hace inhábil el vengativo para alcanzalle de Dios, sentenciada la inhabilidad por su misma boca; porque cuando se llega á rezar la oración del Padre nuestro, donde la ha de pedir, lo pide así á Dios, que no haya misericordia dél ni le perdone sus pecados, pues que dice: Señor, perdóname mis pecados de la manera que yo perdono á quien me ofendió, que es una cosa de las que mas admirados tiene á los santos, que haya hombres de tan poco juicio, que no